

Comunicaciones

Miguel Hernández y José Hierro: Reflexiones del tiempo

Laurie Garriga
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

Resumen

Miguel Hernández (1910-1942) y José Hierro (1922-2002) son poetas ceñidos por el tiempo. El oriolano se estudia a propósito de su obra, en la que se destacan importantes acontecimientos que vivió del siglo XX: entreguerra, república, conflictos bélicos, posguerra, franquismo y la Edad de Plata, por mencionar sólo algunos. Hernández es un poeta matizado particularmente por las circunstancias que rodearon su pluma y vida. El tiempo es un tema recurrente en el levantino y lo evidencia de muchas formas. De una parte, como cronista de la eventualidad y posteriormente, la pérdida de la guerra; de otra, como vaticinador de su fugacidad y como quien congrega temporalidades. Mientras que Hierro, quien vivió de lleno los periodos posteriores a la Guerra Civil Española, si bien está marcado por ello –y se hermana con Hernández por el propio dolor de padecer el presidio, por ejemplo– trabaja el tiempo de manera muy distinta. El tiempo para el santanderino es siempre lo que se perdió, la carencia. A la vez que aborda, a lo largo de su faena poética, casi obsesionantemente las temporalidades errantes que le visitan en forma de muertos –sin que las convoque–. Pretendo estudiar a ambos escritores españoles por su obcecación con el tiempo y de vez tender puentes y ahondar en lo distinto y no, de cómo es descrito el tiempo en la obra de cada cual.

Palabras clave: Franquismo - posguerra - tiempo - poesía - España

“Hoy es siempre todavía”.
-Antonio Machado, *Proverbios y cantares*

*“¿Destino?
¡Oh absoluto presente!”*
-Jorge Guillén, *Desnudo*

A Miguel Hernández (1910-1942) se le describe, se le acompaña de adjetivos plurales, por ser un poeta necesario a la luz de Ángel Buero Vallejo (compañero de cárcel) y de tantos otros. Este hombre, figura de la memoria histórica dirá José Carlos Rovira (*Miguel Hernández: La sombra vencida*, 2010: 21) ha dado de qué leer, de qué hablar, de qué ponderar en especial por motivo del año que conmemoró su centenario. Sin olvidar a Orihuela, ni sus idas y venidas a Madrid, tampoco su participación en el 5to Regimiento durante la Guerra Civil Española (1936-1939), ni su fraternidad con los de la Edad de Plata, Miguel Hernández es un poeta estudiado particularmente por las circunstancias que rodearon su pluma y vida. Me toca trabajar al poeta matizado por todo lo que su figura mítica ha inmortalizado, asimismo, por el tiempo analizado en torno a él (su obra), en sus muchas acepciones. Es decir, tiempo no solo cronológico según se va anotando su quehacer literario y vida militar –por ejemplo–, sino en el lenguaje que emplea y que sobrepasa la noción de temporalidad. Miguel Hernández como poeta, pastor, vaticinador de su fugacidad. Justamente con su caducidad o cómo se emplea este tiempo matemático, pero también toda una obra llena de atisbos a un no-tiempo, a un infinito. Miguel Hernández es un mito marcado por tiempo, pues, se le coloca en periodos bien medidos y estudiados: franquismo, Guerra Civil, España durante la primera mitad del siglo XX y todo lo que trajo consigo. Es decir, su figura va

acompañada de fechas históricas que no definen su carácter de poeta pero pueden perseguirle, un tiempo plasmado que en la mayoría de los casos camina junto a la voz poética, aunque la poesía logra precisamente lo opuesto; quitar la evidencia del tiempo, hacer de su trabajo eternamente pertinente. En fin, Hernández, según lo trabajaré tiene el tiempo (en sus distintas significaciones) jugándole encima: en su mito y en su obra, en la última es profeta de sí mismo, de su dolor, del que vendría, al igual que de su muerte. Su poesía está plagada de tiempo y forma una obra si bien autorreferencial, del mismo modo, eterna, más allá de ecuación matemática, por donde asomamos el ojo a la posibilidad que nos da de infinito.

Para Octavio Paz en *El arco y la lira* (1956) “cada poema es único, irreductible e irrepetible” (16). Analizaré entonces a otro poeta español, José Hierro (1922-2002), – en su carácter “único”– a la luz del tiempo y cómo lo rompe y utiliza. Tampoco se olvida del santanderino lo que la cárcel, la calle y la posguerra le significaron (al mismo tiempo a su obra y ser poético). A propósito de esto, los estudio y no equiparo a estos excelentes escritores, pero los hermano en las próximas páginas porque ambos superan a la palabra y con ellas rozan lo indecible. Precisamente llevan la cualidad que describía Paz “...ser gran poeta: alguien que trasciende los límites de su lenguaje” (1956: 23).

El tiempo según se demarca y apunta el diccionario permite ordenar la secuencia de los sucesos, estableciendo un pasado, un presente y un futuro, cuya unidad básica en el Sistema Internacional es el segundo. El tiempo tiene muchas caras o cabezas, de una parte Chronos –personificación del primero– y de otra forma, Kairós, hijo mitológico de éste alusivo al “tiempo justo” o la oportunidad, por ejemplo. Hay una oscilación entre el tiempo que contamos y su existencia fuera de la ecuación anterior. Manfred Kerkhoff en *Kairos: Exploraciones ocasionales en torno al tiempo y al destiempo* señala que: “La distinción entre el tiempo pensado y el tiempo vivido se hizo corriente desde que la filosofía comenzó a orientarse por los estados de la conciencia, en lugar de por los movimientos externos de la materia, para resolver el problema del tiempo” (1997: 1). De entrada el tiempo es un problema y tendrá (como cabezas de Chronos) maneras de concebirse, maneras en las que lo explicamos según le construimos. A propósito de este trabajo, sobre todo me interesa encargarme de, por una parte no olvidar el calendario o etapas históricas que escoltaron a los dos hombres, pero hacer hincapié en la pluma, en las instancias que sobrepasen lo temporal. Kerkhoff, por su parte, habla de que “podemos fácilmente notar que los momentos poseen, no obstante, una duración diferente de la que la matemática les concedería” (1997: 1), y, entre otras posibilidades, los dos poetas aluden al tiempo aritmético si se quiere y dan, de la misma forma, con el que le rebasa y que es para el lenguaje o para este análisis casi indecible. El tiempo como un estado de conciencia y como un algo inexistente, eterno, raramente ceñible por las palabras aunque efectuado, a mi entender, tanto por José Hierro como por Miguel Hernández. Sin hablar de lo vigente que se hacen ambos a pesar del mismo tiempo, de las fronteras; ninguno se pone amarillo¹ sobre nada.

“El tiempo es un problema para nosotros, un tembloroso y exigente problema, acaso el más vital de la metafísica” escribió Jorge Luis Borges en *Historia de la Eternidad* (1953). Nuevamente aludimos a él como un problema del ser, aunque no existe algo así como el tiempo. Entonces, creamos unos espacios, unos ritmos a los que le atribuimos significados –les llenamos de significaciones–, le inventamos y damos valor, asimismo, le medimos. Dicho esto y sin enredarnos en un debate de la Física, la vida de Miguel Hernández estuvo llena de intensidad y a pesar de que murió a los 31 años vivió una España republicana, una Guerra Civil y una posguerra en condiciones precarias: enfermo y saltando de cárcel en cárcel. Su obra paseó por siglos de tradición literaria y notamos influencias que van desde un gongorismo visto

¹ “Algún día/ el tiempo se pondrá amarillo/ sobre mi fotografía” del poemario, Miguel Hernández, *El rayo que no cesa*, 1934-1935.

en *Perito en lunas* (1933), sin olvidar el vanguardismo, así como nos percatamos de la presencia de Francisco de Quevedo y Pablo Neruda, influjo evidenciado en las imágenes barrocas y surrealistas de *El rayo que no cesa* (1934-35) –“un carnívoro cuchillo/ de ala dulce y homicida”–. Oscila entre tradición y vanguardia a poesía de guerra. Su obra va cambiando con *El hombre acecha* (1938-39) y *Viento de pueblo* (1936-37), Juan Cano Ballesta declara: “El agitado ambiente de la República con su vida azarosa de controversias, y luchas apasionadas le arrastra a la creación lírica de testimonio y denuncia” (1981: 30). Anunciaba, de esta manera, la poesía testimonial que vendría posteriormente, durante la posguerra. Vamos contando; tradición, vanguardia, surrealismo y poesía testimonial, sin que una caduque a la otra, más bien le arman. Poeta plural² si se le quiere, poeta del tiempo y del no-tiempo, creador de ello –“La hora es de mi luna menos cuarto” (45).

Su estirpe, sus ganas de extenderse son temas centrales en sus últimos años, como lo prueban los poemas “Canción del esposo soldado” de *Viento del pueblo* (1936-1937) e “Hijo de la luz y de la sombra” del *Cancionero y Romancero de Ausencias* (1939-1941). En el primero celebra la noticia del embarazo de su esposa que le sorprende en la guerra, este poema habla de la batalla y a su faena en ella (“Es preciso matar para seguir viviendo”), también es muy erótico (“Escríbeme a la lucha siénteme en la trinchera:/ aquí con el fusil tu nombre evoco y hijo”). El esposo sobrevive y se defiende, pero quiere desplegarse además en el campo bélico, en ella. Entre plomo dice resistirse a su fatalidad y quiere resguardar su fruto, su pedazo de tiempo, de futuro: su retoño. Lucha también por el tiempo venidero, se sabe soldado solamente por ello, para forjar la paz (“Para el hijo será la paz que estoy forjando”). Una vez culmine todo, una vez el hijo nazca quedarán juntos, eternizados y “gastados por los besos”. En *Hijo de la luz y de la sombra*, la voz poética habla encarcelada, le canta a su esposa y a la esperanza de un hijo. El sucesor significará mucho, de un parte la reunión de los esposos y se vierten en el crío generaciones anteriores:

Con el amor a cuestas, dormidos y despiertos,
 seguiremos besándonos en el hijo profundo.
 Besándonos tú y yo se besan nuestros muertos,
 se besan los primeros pobladores del mundo.
 (Hernández, 2010:179)

Insistencia en “poblar” el vientre de su mujer, que le sirve de refugio donde estarse y rehacerse lejos de la fría prisión o los horrores de la guerra, para engendrar un hijo que es la celebración de todos los tiempos y que con su nacimiento convoca un tiempo nuevo y suyo (pues se repiten sus padres en él).

La cercanía de la muerte y el desenlace bélico preocupan al oriolano, quiere salvarse a pesar de la derrota y lo logrará si se reproduce, se protege y refugia en (el amor de) su esposa. José Carlos Rovira señala que en el último poemario de Hernández “prevalece la sensación de dolor ante la derrota y la cárcel” (2010: 117), sin embargo, no por eso se deja de afirmar el amor y la esperanza, en este caso en el hijo que les fusiona:

Él hará que esta vida no caiga derribada,
 pedazo desprendido de nuestros dos pedazos,
 que de nuestras dos bocas hará una sola espada
 y dos brazos eternos de nuestros cuatro brazos.
 (Hernández, 2010:179)

² Frase de la catedrática Mercedes López-Baalt (Curso de poesía de Miguel Hernández, agosto-diciembre de 2010, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras).

Este niño también ha de crear y habitar tiempos; crecerá para multiplicarse igualmente, pasando a todos “los muertos” de sus padres y haciendo nuevas temporalidades por medio de sus vástagos y en otros espacios temporales. Es una ecuación matemática para el soldado, el hijo es atalaya de tiempos y ha de ser quien componga, no importa el final de la guerra, su país: la esperanza queda por eso, mas, tristemente no lo logró por medio de sus hijos.

Mucho antes de estar encarcelado Miguel Hernández enunciaba el dolor, preveía la presencia de ese rayo en su vida que se prolongaría luego del poemario del 1934 y hasta su muerte en la cárcel en el año 1942. Preliminarmente y quizás sin saberlo, escribía en *El rayo que no cesa* (1934-35): “¿No cesará este rayo que me habita/ el corazón de exasperadas fieras y de fraguas coléricas y herreras/ donde el metal más fresco se marchita”. No obstante, Hernández, además de en *Nanas de la cebolla*, habla de la risa, la risa como remedio a la captura y al tiempo (o a su mortalidad): “Ríe. Contigo/ venceré siempre al tiempo/que es mi enemigo” (Hernández, 2010: 653).

En cualquier caso, la perennidad de su trabajo es cuestión del lenguaje, ya bien matizado por su estatus de mito hasta en la música, lo que eterniza es su obra más allá del tiempo o de los periodos que le colocan y enfrían en el siglo anterior. El periodista Luis Muñoz del diario español *El País*, en su artículo “Los temas de Miguel Hernández”,³ expone:

“Miguel Hernández, que adoptó desde sus comienzos el papel de poeta total, de transmisor sin limitaciones previas de lo que ocurre en el interior de todo, y a cuya naturaleza pertenecía el impulso de lanzarse a las cuestiones que tenía más a mano, fueran las que fueran, para exprimirle su zumo poético, hizo de su obra, incluso antes de la llamada colectiva a la inclusión de todo lo humano del célebre manifiesto de Pablo Neruda *Sobre una poesía sin pureza* (1935), un modelo de fe en las posibilidades ilimitadas de la poesía para enaltecer formas muy distintas de vida, sin diferenciar, en principio, cuestiones sublimes de cuestiones pedestres”. (*El País*, 25 de diciembre de 2010)

Muñoz abunda en que la vigencia del escritor se debe a que “puede ser leída de un modo absolutamente distinto de como lo fue en otras épocas”. El poeta Gabriel Celaya apuntó sobre el legado del oriolano: “supo cómo llevar su poesía la realidad del momento, que paradójicamente, dura más que la poesía no-temporal”.

Al estudiar la poesía española de los últimos cien años nos percatamos de que el tiempo es “el gran tema, el tema central y orgánico de esa poesía” (Jiménez, 1964: 11). Cada crisis que registró la historia va acompañada del repensar, si bien del tiempo, asimismo, de todo lo que se pone en escena en torno a él; quiérase religión, política, estratos sociales, visión artística-estética, por ejemplo. Los momentos de convulsión hacen más propensos estos cuestionamientos de orden filosófico, igualmente, en dichas instancias y posterior a ellas, el poeta canta su apreciación temporal “o la realidad hecha tiempo y sujeta a él” (1964: 11). Quizás los tres puntos comunes de análisis del tiempo en la poesía del siglo XX sean las percepciones del tiempo en torno a la existencia propia, la acción del tiempo sobre la realidad y el tiempo apreciado a nivel colectivo en ámbitos sociales y políticos.

La poesía de la posguerra española se caracteriza, entre otras posibilidades, por ser autobiográfica, por su cualidad testimonial, tendencia que los últimos trabajos

³ Luis Muñoz, “Los temas de Miguel Hernández”, periódico *El País*, 25 de diciembre de 2010. Recuperado en:

http://www.elpais.com/articulo/portada/temas/Miguel/Hernandez/elpepuculbab/20101225elpbabpor_11/Te s

de Miguel Hernández iban anticipando. Este ejercicio de testimonio, según el libro *7 poetas españoles de hoy*, es “la fusión entrañable de ética y metafísica; y la aspiración de despojar al lenguaje, en lo posible de cualquier modalidad retórica y convencional” (Cañas & Jiménez, 1983: 9). Otros autores importantes que ejercieron gran influencia en esta nueva generación y en su creación concomitante, lo serán Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre con *Hijos de la ira* y *Sombra del paraíso*, respectivamente, publicados en el 1944. Estas obras cargan gritos existencialistas, al igual que reflexiones temporalistas y metafísicas.

A José Hierro, por su parte, se le clasifica –con relación a las estructuras de tiempo y periodos– a la primera generación de posguerra: desarrollando tanto la poesía desarraigada como la social. Hierro, sufrió cárcel por razones políticas –opuestas al régimen franquista–, además se dedicó al trabajo, a la calle, a la crítica de arte, a colaborar con medios de comunicación y a su labor de poeta. También fue un escritor reconocido y laureado, recibió varias distinciones, entre éstas, el Premio Príncipe de Asturias por las Letras en 1981. La privación de libertad supone una suerte reflexiones, tal cual Miguel Hernández, respecto al tiempo, al cuerpo, a la vida. José Olivio Jiménez explica que la prisión pudo haber contribuido al personal sentido con que encara el dramático sentimiento de temporalidad, eje de su poesía. Es interesante comparar la poesía, si bien del oriolano en guerra y recluso, con la de Hierro que viene representando toda la ejecución de un sistema que el levantino no vive enteramente, contrario a Hierro. Vale mencionar que cada uno lleva un estilo y una genialidad muy propia, en Miguel Hernández a pesar de los “rayos” incesantes en su vida se notaba, incluso al final, vetas de esperanza, ánimos dar con la alegría –“Pero hay un rayo de sol en la lucha/ que siempre deja la sombra vencida” (Hernández, 2010:664)–. No que esto sea contrario a Hierro, pero sí su obra dista en este punto, hay una reflexión más ontológica respecto a ese tiempo que le toca vivir, inventar.

En Hierro notamos la pérdida, la carencia (que nunca será satisfecha), de eso que le fue quitado –“Yo no me acuerdo ya de aquéllo./Un día tuve que perderte./Cuando se hallaba el mundo a punto de que el prodigio sucediese” (Hierro, 1980: 34). Del mismo modo, advierte lo líquido del presente, lo cuestiona y lo melancoliza –“Nunca más volveré a verte/ con estos ojos que hoy te miro” (1980: 35). ¿Presente? Al verbalizarlo, pensarlo ya se vuelve pretérito. Hierro baila entre el antes, el “aquello” y un después, lo anterior está desecho aunque no olvidado. Aborda el tema de los que no están –porque otros tiempos les vinieron encima– y que cargan los de ese presente y allí se conjugan tantos tiempos y dolores. Veamos:

Vivimos y morimos muertes y vidas de otros.
Sobre nuestras espaldas pesan mucho los muertos.
Su hondo grito nos pide que muramos un poco,
como murieron todos ellos,
que vivamos deprisa, quemando locamente
la vida que ellos no vivieron.
(Hierro, 34)

Pero viven y de alguna manera el tiempo sólo existe en ellos y por ellos, por nosotros y a través de nosotros. También una constancia de pasado que le visita y que apunta bellamente en el poema *Ellos*:

Ellos son, ellos vienen
cada noche a mi lado.
Por mucho que intentara
ocultarme, enterrarlos,

por mucho que quisiera
creer que está el pasado
para siempre dormido,
ellos amigos...
por su pesada carga
vendrían a mi lado
(Hierro, 65)

Además de esta peregrinación de otros en otros, Hierro aborda el movimiento de sí que rompe tiempos y espacios, un regreso en el presente al pasado –“Cuando salí de ti,/ a mí mismo me prometí que volvería. / Era en otoño, y en otoño / Llego, otra vez, a tus orillas” (1980: 35).

En su poemario *Alegría* (1947), se trabaja la eternidad, pues, a la luz del poeta aquel que haya sentido la alegría alguna vez no muere, la Historia se lo ha enseñado y ése es su recurso contra la tumba:

Morirán los que nunca jamás sorprendieron
aquel vago pasar de la loca alegría.
Pero yo que he tenido su tibia hermosura en mis manos
no podré morir nunca.
Aunque muera mi cuerpo, y no quede memoria de mí.
(Hierro, 78)

Recuerda que el olvido es de los hombres no del tiempo, el tiempo no lleva memoria. De hecho, problematiza precisamente el olvido –¿Cómo puedes creer / que tu pasar se borra, que has de morir, perderte/cuando las flores brotan,/que has de permanecer/definitivamente/enterrada en la sombra?–. Probablemente nada se borra porque nada está escrito y viene sólo en función del otro que le preserva y que perpetúa las fechas y periodos. Sin duda, hay una gran tristeza, además de la sensación de la instancia perdida, de la querencia y carencia, también por el devenir, por la razón de ser de “este montón de cosas, todo esto”, como escribiera Angelamaría Dávila. En *Cuadernos de Nueva York* (1998) escribe:

Después de todo, todo ha sido nada,
a pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo
supe que todo no era más que nada...

Qué más da que la nada fuera nada
si más nada será, después de todo,
después de tanto todo para nada.
(Hierro, *Vida*)

Me parece la más acertada poesía que evidencia forma del autor, su parte poético. No he separado, tampoco con Hernández, la historia personal de la poesía, sin embargo, su obra no define su carácter, no hablamos de un hombre unidireccional y oscuro. En el artículo “Volver a José Hierro”,⁴ publicado en el *El País*, Juan Cruz apunta: “Pepe Hierro era un hombre muy especial, capaz de las grandes parrandas y de las mayores melancolías”. Su voz poética, si en momentos puede ser autobiográfico, en muchos otros no lo es, una suerte de voz movediza. Luce López Baralt, en su libro *Entre*

⁴Juan Cruz, “Volver a José Hierro, ElPaís.com, 30 de enero de 2010.

Recuperado en:

http://www.elpais.com/articulo/portada/Volver/Jose/Hierro/elpepuculbab/20100130elpbabpor_13/Tes

libélulas y ríos de estrellas: José Hierro y el lenguaje de lo imposible (2002), apunta que el descoyuntamiento espacio-temporal que caracteriza a la lírica de Hierro tiene unas implicaciones ontológicas de importancia radical, la identidad del mismo emisor de los versos es la que se encuentra desprovista de asideros fijos, la que fluye, en total estado de disponibilidad.

Hay un telón ahumado entre la voz poética y lo que ve, un espacio de distancia que separa donde está y en donde pone el ojo, aunque compartan lugar. A la poesía de Hierro la visitan los muertos, pero también él les busca “entre mármoles”. Quizás el poema “Remordimiento” de *Cuánto se de mí* (1957), sintetice, casi a modo de tratado metafísico, su visión del ser, del tiempo y de la vida. Hierro está asediado por y asedia al tiempo, le incomprende, le persigue un latente pasado y la culpa: “Qué quedaría entonces/ de ti, después de tantos/ años bajo tierra./ Dónde hallarte –pensé/ aquél día. No estamos/ jamás donde morimos/ definitivamente,/ sino donde morimos/ día a día/ [...]fui/ buscándote, tratando/ de comprenderte. Sólo/ esta noche, de modo/ inesperado, al fin/ he comprendido. Tarde/ para mi daño.” (Hierro, 1957: 203). Juega en y desde tiempos desdoblados, es vínculo entre tiempos y gentes (una especie de médium), oscila entre un pasado y un futuro, en un presente inestable. Como sucede en el poema *Réquiem*, la voz poética viaja hasta esta D’Agostino Funeral Home una vez lee la esquila de un muerto español. Ese difunto lleva a tantos otros, de otros plazos, espacios y tiempos. López-Baralt explica: “Pasado, presente y futuro se interpenetran: el poeta... anticipa su futuro de enterrado, pero ese presente se transmuta súbitamente en pasado” (2002: 31).

Tanto José Hierro como Miguel Hernández son testimonios de tiempos históricos, no importa el cauce que hayan tomado sus vidas. Sus letras andan pobladas de tiempo, marcadas por la historia y la guerra, pero la trascienden cada cual a su manera. Miguel Hernández pide que se le quede la alegría o las ganas (“Dejadme la esperanza”) y José Hierro trabaja el tiempo casi como cronista transmigrado, que está muy consciente de la falta. Se desplaza constantemente entre temporadas y lugares. A sabiendas que no existe el tiempo, lo pide, quizás pidiendo así vida o entendimiento –“Sed de tiempo, porque el tiempo/ aquí no tiene sentido”–. La respuesta es aplacar los siglos, la mortalidad, la especie humana con alegría y no esperar memoria. De hecho, repele la belleza de mentira, impuesta y que pretende ser copia, como la de la rosa plástica. José Hierro es un poeta muy consciente de su mortalidad y de la presencia de otros en él, donde se funden muchos tiempos. Miguel Hernández vivió guerra y algo de posguerra, se desarrolló en otra época, pero trataba el tiempo, parecido a Hierro, como una suerte de reunión de muertos. Los muertos de Hierro no eran consignas de mañana sino estados errantes. Por su parte, el oriolano veía la posibilidad de que el nacimiento y la fecundidad celebrasen la presencia de otros y de esa forma, a modo de militancia se cimentaba un país, una ideología política.

En la obra poética de Hierro la voz está en fuga y sus imágenes son infinitas, van más allá de la temporalidad o los sentidos; sus poemas son un constante ejercicio ontológico y un brusco cuestionamiento a las leyes de la Física. Hernández se crea y hace nuevos tiempos desde su lugar carcelario, de su querer prolongarse. Ambos persisten por el lenguaje y a su manera le transgreden. Se eternizan mientras los leamos, más que perennizarse se hacen vigentes. Cano Ballesta señala de Hernández: “su creación lírica podría haber resultado muy circunstancial si no llegara a sacudir las más íntimas fibras del corazón humano”. (1979: 38). Lo mismo podemos apuntar de Hierro, que supera toda la tradición testimonial de su época, complejizándola y llevando una poesía profunda, filosófica y, pues, atemporal –inclusa en la medida que es temporal–.

Bibliografía

- Barrajón, Jesús M (1999). *La poesía de José Hierro: del irracionalismo poético a la poesía de la Posmodernidad*. Ediciones de la Universidad Castilla-La Mancha.
- Bartoszewska, Jolanta (1992). *José Hierro en su tiempo*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.
- Borges, Jorge Luis (1953). *Historia de la Eternidad*. Buenos Aires: Emecé.
- Cañas, Dionisio y José Olivio Jiménez (1983). *7 poetas españoles de hoy*. México: Editorial Oasis.
- Cruz, Juan. "Volver a José Hierro", *El País*, 30 de enero de 2010.
Recuperado en:
http://www.elpais.com/articulo/portada/Volver/Jose/Hierro/elpepuculbab/20100130elpbabpor_13/Tes
- González, José M. (1982). *Poesía española de posguerra: (Celaya, Otero, Hierro, 1950-1960)*, Madrid, Edi-6.
- Hernández, Miguel (1979). *El hombre y su poesía*, Edición de Juan Cano Ballesta, Madrid, Ediciones Cátedra.
- (1978) [1934-35]. *El rayo que no cesa*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (2010). *Obra Completa I*. Madrid: Espasa.
- Hierro, José (1980) *Antología*. Edición Aurora de Albornoz. Madrid: Visor.
- Jiménez, José Olivio (1964). *Cinco poetas del tiempo: Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, José Hierro, Carlos Bousoño, Francisco Brines*. Madrid: Insula.
- Kerkhoff, Manfred (1997). *Kairos: Exploraciones ocasionales en torno al tiempo y al destiempo*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- López Baralt, Luce (2002). *Entre libélulas y ríos de estrellas: José Hierro y el lenguaje de lo imposible*. Madrid: Cátedra.
- Muñoz, Luis. "Los temas de Miguel Hernández", *El País*, 25 de diciembre de 2010.
Recuperado en:
http://www.elpais.com/articulo/portada/temas/Miguel/Hernandez/elpepuculbab/20101225elpbabpor_11/Tes
- Paz, Octavio (2006). *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rovira, José Carlos (2010). *Miguel Hernández: La sombra vencida 1910-2010*. España: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.

Datos de la autora

Laurie Garriga (Puerto Rico, 1987) posee un bachillerato en Información y Periodismo con segunda concentración en Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico (UPR) en Río Piedras, de donde se graduó con la distinción académica Summa Cum Laude. Actualmente cursa su maestría en Departamento de Estudios Hispánicos y goza de una beca de honor por promedio. Ha trabajado de asistente de investigación del proyecto estadístico Tendenciaspr.com donde se ha destacado por sus estudios y publicaciones como *Los museos en Puerto Rico* (2009) y *Delitos en Puerto Rico: 1900-1940* (2007). Ha participado en distintas ponencias y presentado trabajos en cónclaves como el Congreso Internacional Historia, Literatura y Arte en el Cine celebrado en junio de 2011 en la Universidad de Salamanca. Por otro lado, cuenta con experiencia en los medios de comunicación como periodista, editora y fotógrafa. En la actualidad publica en diarios en línea como Diálogo Digital, ConBoca y 80grados y funge de ayudante de investigación en un proyecto de la Facultad de Ciencias Sociales de la UPR.